



EL BOMBO,

PERIODICO SATIRICO.

MADRID JUEVES 8 DE AGOSTO DE 1860.

CUATRO PALABRAS ACERCA DE COMO LA MODA ENTIENDE LA PRACTICA DE LA FILANTROPIA.

En ningún tiempo, como el presente, se ha hablado más de filantropía y se practica menos.

La fraternidad individual, permitásele esta frase al Bombo, ha desaparecido.

Todo lo que sea sacrificio individual, sea metálico, sea de otra clase, se procura practicar en sociedad.

Mucho ruido y pocas nueces.

Se practica el comunismo para hacer el bien.

De este principio ha nacido tanta asociación de beneficencia.

Lejos del Bombo la idea de censurar estas asociaciones.

Al contrario si estuviese en su poder inscribiría en ellas á todos los ciudadanos.

No dejaría que hubiese *uno solo* que no fuera benéfico.

Beneficio verdaderamente.

Lo malo es que creemos ser benéficos y no somos más que egoístas.

No es nuestro ánimo escribir una disertación sobre la beneficencia.

La beneficencia empieza por hacer el bien á los que se ocupan en hacer el bien.

Muy justo.

Mal puede subir ni bajar escaleras el que no come.

El que no come se muere.

Y al que se muere lo entierran.

Y una vez en la sepultura, no puede hacer bien ni mal al menos por voluntad propia.

De cómo hacen el bien los filántropos que reciben sueldo para ejercerlo, es cosa que se roza con la política.

El Bombo no puede rozarse con la política.

Aunque la política se roza todos los días con El Bombo.

El Bombo cuando quiere hacer bien, lo hace por sí solo.

No busca compañía.

Pero otros más piadosos son de otro parecer.

Se suscriben por tanto, en tal ó cual asociación.

Los hay también que se toman el trabajo de asistir personalmente á la averiguación de las necesidades de los que piden socorros.

Muchas veces entre sí el que los pide los merece ó no, llegan tarde.

En esta ocasión el necesitado se queda peor que estaba, es decir, con una necesidad más y una esperanza menos.

El Bombo ha visto señora que el tiempo que la dejaba libre el tocador y las visitas, lo dedicaba á la caza de menesterosos y de las pruebas que así lo acreditasen.

Esta señora tan misericordiosa, elegante y acaudalada, tenía á su pobre padre abandonado.

El buen señor era pobre, es verdad; pero su hija era rica porque se había casado con un hombre rico.

La jóven era de las abonadas al teatro Real...

Su padre estaba arrinconado en una aldea. No se moría de hambre, porque una hermana suya le daba el suficiente alimento para que viviera.

El padre la pidió una pensión.

La hija contestó que no podía distraer un solo real de su presupuesto, en el cual figuraba ya tal partida y no pequeña para *beneficencia*.

Y se quedaba muy satisfecha.

Y todos los años hacia un viaje á Paris en el verano por supuesto.

Y todos los años contribuía á la industria francesa con algunos miles empleados en dijes y telas, que lucía en los salones aristocráticos madrileños.

Y cuando llegaba á Madrid las gaceticillas anunciaban:

Que la linda y filantrópica marquesa de la Caridad

estaba ya de regreso en la corte, por lo que los pobres estaban de enhorabuena.

Y nosotros cuando leemos la gacetilla gritamos:
BOMBO! BOMBO!

CARTA SEGUNDA DE JUAN BOLONIO, POR LA CUAL SE ENTERARÁ EL LECTOR, SI NO LO ESTUVIERA YA, DE CÓMO UN FORASTERO MALGASTA EL TIEMPO EN LA CÔRTE SIN PROVECHO PROPIO NI AGENO.

Querido tío: al fin y al cabo se me ha metido en la mollera el sol de Madrid: tengo unos dolores de cabeza que acaban con mi paciencia. Siempre he oído decir que en Madrid los casados padecían mucho de la cabeza, pero ignoraba que la enfermedad alcanzaba á los solteros. ¿Creerá V. que todavía no he adelantado un paso en nuestro asunto? Pues es la verdad; pero en cambio no han parado mis piés, ni aun en casa; y lo peor es que siempre me encuentro en el mismo sitio. ¡Parece cosa de brujería! A fin de que se forme V. idea de cómo uno y otro día se me escurren. acompañando itinerario de mi viaje de ayer. Por un esfuerzo sobrehumano pude madrugar y marcharme á la calle. Advierto á usted que aquí se llama madrugar levantarse á las ocho; pero como muchos señores no madrugan, sucede muchas veces que llega usted á las doce del día á su casa y los encuentra en el mejor sueño. En fin, madrugué y me dieron las nueve en la Puerta del Sol.

PRIMERA JORNADA.

Desde donde salí á las mismas nueve, y llegué á la plazuela de Afligidos á las once, invertí pues en esta travesía dos horas.

Aunque tardé dos horas, no crea V. que hay dos leguas de distancia, no, señor mío, ni aun media; pero le explicaré á V. la tardanza. Tomé por la calle de Preciados, es decir, la calle me tomó á mí en compañía de una docena de carros cargados de material para las obras de la Puerta del Sol. No vaya V. á figurarse que están haciendo una puerta al sol, no señor, están fabricando las casas que han de formar una plaza que se llama la Puerta del Sol. Estas obras las empezaron hace seis años, y todavía no han llegado al primer piso, y gracias que van tan á prisa, porque solo ha habido 5 ó 6 proyectos y otra docena de dictámenes, y consultas, y ministerios y gobiernos civiles; y por consecuencia ha marchado el expediente algo á la ligera saltando algunos trámites. Digo pues que seguí por la calle de Preciados adelante, hasta que me encontré entre la tapia de un jardín y dos carros que obstruían el paso enredado el uno entre las ruedas del otro; yo no podía ir adelante, ni volver atrás porque la acuhira de la calle no daba para más; me encontré emparejado. Donde estás ensanche de Madrid! decía yo para mi capote. En esta situación pasé una eternidad, esperando ser aplastado contra la pared. Gracias á San Bruno salí de aquel tormento milagrosamente llevándose el cubo de la rueda del carro media, paré y dejándome á su paso en paños menores, es decir desabrochado chaleco, pantalón y calzoncillos, y no me desabroché más porque no me encojé tanto, que estoy seguro que no abultaba mi abdomen el canto de una peseta. Todos los presentes creyeron que al día siguiente referirían mi espachurramiento las gacetillas de los periódicos, porque eso sí, la gente cortesana es muy caritativa; lo menos se reunieron doscientas personas al rededor mío que no me dejaban mover, ni aun respirar, no vi ningún guardia civil, entre ellas. Quieras que no me llevarán á una barbería, ó cirujanía. Y en ella á presencia del público fui reconocido por el profesor de obstetricia, y encontró que mi vientre no había sufrido le-

sion: con lo cual, y después de haberme cosido unos cuantos botones sali dando gracias al profesor por su cuidado y á Dios por haberme librado de la necesidad de que me cosieran las tripas, seguí mi camino, y al dar las once llegaba nada contento á la plazuela de Afligidos. El sugeto á quien buscaba no vivía en aquella casa—había yo equivocado las señas: tuve que deshacer lo andado siguiendo distinto rumbo.

SEGUNDA JORNADA.

De la plazuela de Afligidos salí á las once y cuarto y muy cansado llegué á la calle de la Gorguera á las tres; emplee pues en este segundo viaje tres horas y tres cuartos, tampoco dista uno del otro cuatro leguas, no señor; pero en Madrid las distancias son de goma elástica; se estiran y se encojen, según el capricho de la suerte estaba ya tan molido más que de los piés de la cabeza, que resolví meterme en la primera berlina desatquilada que encontrase. En efecto, en la calle de Leganitos vi que paraba una, y que el auriga ponía el se alquilaba la puerta de una taberna convidaba sin duda al asturiano á refrescar la palabra, y apeándose del pescante dejó el carruaje á su libre albedño, y en completa libertad, de la que ciertamente no había de abusar el demacrado jamelgo, cansado ya de estar en cuaro patas. Apreté el paso, llegué, vi, llamé al cochero. que estaba haciendo oración en aquel templo profano, dió un graznido, que traduje por ¡ya voy! abrí la portezuela de la desvencijada berlina, puse un pié dentro de ella, y al poner el segundo advertí que por la otra portezuela estaba haciendo la misma operación otro individuo; de manera que cuando quise recordar me hallé enterrado de bajo de su miriñaque.—Perdone V., señorita,—la dije, no al miriñaque, á su dueña; y sin cortarse en lo más mínimo, me cortó la palabra en estos términos:—No hay de qué, caballero; los dos cabemos... Se reduce á ir acompañada en vez de aburrirme sola... ¿Hacia dónde vá V.?—¡A la calle de Segovia!—Me alegro; de este modo me deja V. en la calle de la Gorguera, y sigue V. su viaje. Me parece que no es mucho el rodeo, y creo mereceré de V. el favor de que dará por bien empleado el tiempo pasado en compañía de una jóven que tiene la honra de pertenecer al sexo bello —¡Qué calor hace! ¡Vengo sofocada!... continuó sin esperar mi contestación. Pero este cochero, ¿dónde está? ¡Cochero! ¡Cochero! y daba voces, y sacaba la cabeza por la ventanilla... y el cochero salió al fin devorando una sardina, y secándose los labios con el reverso de la mano.—Pronto: á la calle de la Gorguera, núm. 119. —Señorita; no hay en esa calle ese número... ¿será el 17...?—Anda, animal; yo le avisaré cuando quiera bajar...—Entiendo, señorita, entiendo; y el muy tonto se sonreía tan brutal y maliciosamente, que me pegó su bendita risita y yo á la prójima, y el cochero á duras penas y sendos latigazos consiguió que el caballo se pusiera en movimiento. Si hubiese visto mi querido tío á su sobrino en tan bella compañía...

Una morena, blanca, gracias al almidón y mas colorada que una manzana! como que valdria más de un duro el colorete que cubria su rostro!!! seguimos nuestro viaje en amor y compañía. Ella echando de menos las cortinillas de que carecia el carruaje y yo echando de más el encuentro de tan andante belleza!... El maldito cochero dan lo rodeos, y á paso de tortuga el caballo, andaba, andaba y nunca llegábamos... Y yo comprometido con la pintada en aquella berlina sin cortinillas... Agotada ya mi paciencia grité al astur que inmediatamente se dirigiera á tal calle y á tal número. Hizolo así.

Llegamos, deo á la belleza, no sin instarme á que la acompañara; pero yo que iba ya mareado no pude complacerla.

TERCER JORNADA.

Desde la calle de la Gorguera me trasladé á la de Segovia, adonde llegaba á las tres y media, habiendo invertido solamente media hora. Paramos, es decir, paró el carruaje, y ya era hora, porque si dura un poco mas la jornada el caballo se acuesta... pregunto al portero por el Sr. de Puñaza... este portero ejercia ademas de su porteria el oficio de zapatero remendon. No me contestó á la primera ni segunda interpelacion; era sordo; si será mudo? dije para mi capote: á la tercera levantó la vista que tenia fija en su obra... me miró... repito la pregunta gritando todo lo que mis pulmones permitian... Meditó un instante, y con la mayor calma se escaparon de sus lábios las siguientes palabras:—Si, señor, aquí vive... cuarto tercero de la izquierda; y continuó su trabajo.—Está en casa, le pregunté?—Por toda respuesta se dignó levantar los hombros y encojer el cuello, y siguió machacando la suela.—Yo para no machacar mas en aquella especie de automática subí setenta escalones y llamé siete veces seguidas, pregunté por el Sr. Puñaza... El señor habia salido ya... y no volvia hasta las doce de la noche... no comia en casa... Le dejé una tarjeta y espresiones, bajé los setenta escalones... me meti en el vehiculo.

CUARTA JORNADA.

Punto de partida. Calle de Segovia, junto á lo que fué puerta y ahora no es nada, á la calle de Toledo; empleé, es decir, empleó el caballo para subir la cuesta tres cuartos de hora. El estómago me pedia algun auxilio... Di orden al cochero para que dirigiese el rumbo hácia mi casa, indicándole la calle y el número; estábamos muy léjos, como quien dice de polo á polo.—El cochero abandonó el látigo, y poniéndose de pié en el pescante hizo uso de una vara de fresno que á prevención llevaba para este caso.—El caballo sufría los palos con tal gusto, que no parecia sino que le iban á dar un cejemin por cada uno.—El cochero á pegar, y el animal á no hacer caso, siempre estábamos en el mismo sitio. El tiempo corria con suma complacencia del astur; pero como á mi no me hacia mal dicha la gracia. Grité que parase de dar palos—en efecto paro—consecuencia, el caballo paró tambien bajó, le pregunté la hora, saca un reló mas pequenito que un caldero y despues de una pausa contesta.—Las cinco señorito.—No puede ser—replicó—*Este no marrá* y queria meterme el reloj por los ojos—marre, ó no marre no son las cinco!—Se lo aplica al oida—pues todavia son mas, exclamó, se ha parado!... Lo creo, contesto; ni el reloj, ni el caballo andan sino á golpes—Voy á sacar mi reloj veremos! por desgracia me lo habia dejado en casa—en esta tienda me dirán la hora.—Pero señorito digole que son mas de las cinco! ahora lo veremos.—En efecto el reloj de la taberna señalaba las cuatro y seis minutos—Digole á V. que no lo entiende—Pues yo sí—las cuatro y cinco—A que hora tomó V. el coche? A las diez y media segun mi reloj, que no marra—á las once estaba yo en la Plazuela de Afogados le contesté;—para abreviar la relacion diré á V. en dos palabras. Que entre si fueron las once, ó diez, y entre si eran las cuatro ó las cinco se armó tal cuestion que el bárbaro de estar á falta de razones comenzó á tirar coces, de á folio, es decir, á ensartar tan bárbaros insultos é improperios que al llegar al sexto le corté el hilo del discurso con un garrotazo que no le permitió volver á anudarlo de nuevo, es verdad que una pareja de civicos, ó civiles, se presentó con mas oportunidad para el cochero, que la que

tuvieron en la calle de Preciados sus compañeros para mí. Estos señores dieron con el cochero, coche, y su sobrino de V. en la inspeccion del distrito.

QUINTA Y ÚLTIMA JORNADA.

Desde la celaduria á mi casa seis horas que pase en dicha oficina, como quien dice sin sentir, creo que en mi vida pasaré rato mas entretenido ¡Qué escenas tio mio, qué ejemplo de moralidad! tan pronto era un marido en busca de su mujer, que le habia dejado el bolsillo, vacio y de sobra la mitad del techo conyugal huyendo del hogar doméstico con un esterero francés. Allí habia V, de ver hasta donde puede llagar la desesperacion de un hombre que se encuentra sin bolsillo y sin mujer. A este siguió una jóven desgredada y en desordenado traje, gracias á una solemne *paliza* que le habia suministrado su marido por la razon de que el buen señor volvia á su casa con mas *valdepeñas* en su estómago del que podia soportar su cabeza.—Continuó un duo entre dos vecinas sobre el tema de que si tú eres una (si fuera yo Cervantes ó Quevedo me atreveria á estampar le espresion) mas que yo... todo ello porque se disputaban los servicios de un *gaché*,... que por haber probado la cohartada, salió á la calle desde el saladero, donde estaba alojado por el estravio de no sé qué billetes de banco, y acabó la funcion con un misere de un prestamista (de á peseta por duro mensual), lamentándose de la ausencia de un ingrato en quien habia depositado no sé qué cantidad generosa y confiadamente al susodicho interés. Al cabo llegó nuestro turno. El representante de la sociedad ó de la ley, ó del ministro, ó del gobernador—oyó al cochero, y lo entendió. Me oyó á mí—me condenó, es decir, me aconsejó que pagase al alquilon, no solo las horas de *servicio*, sino tambien el valor del garrotazo: el astur convino y pidió dos duros por la caricia de mi baston—como lo creí bastante arreglado, le di gusto;—arregladas cuentas despues de recibir su importe, el maldito todavia me pidió la propina; estuve por repetir el garrotazo, pero conociendo que el taimado andaba tras que le diese otra docena mas de golpes, al precio consabido, le di *dos cuartos* para cerillas, y á las diez de la noche entraba en mi casa tan satisfecho de haber empleado útil y agradablemente trece horas, que por poco tomo la diligencia y se encuentra V. cuando menos lo esperaba con su amable sobrino

JUAN BOLONIO.

NOTICIAS VARIAS.

La cuestion italiana ha entrado en un nuevo periodo, cuyo desenlace espera con ansia el público europeo.

La *Correspondencia de España* dice que Garibaldi ha desembarcado en las costas de Calabria sin oposicion alguna, y añade que es esperado en Nápoles.

La situacion de esta capital, traquila en la apariencia, es muy critica. El partido liberal no se contenta con la situacion actual. El club revolucionario trabaja para traer al Parlamento una mayoría de sus ideas. El partido realista trabaja tambien por su lado, y diariamente se anuncian nuevas conspiraciones en este sentido.

—Segun las noticias recibidas últimamente, Victor Manuel no está muy satisfecho de la última marcha de Garibaldi, el cual, segun dicen, se ha unido á sus antiguos amigos los mazzinianos. Se ha divorciado del trono para unirse con la república.

—La legacion española sigue asediada de peticiones de proteccion de personas y fortunas. En su consecuencia, se asegura que el Sr. Bermudez de Castro ha pedido mas bnques, á fin de poder garantizar tantos intereses.

—En lo que llevamos de siglo se ha visto que muchos entusiastas se han separado de la república, uniéndose á la causa del trono.

Estas evoluciones se han hecho siempre mediante las arrastras que han precedido al matrimonio.

—De el Escorial ha desaparecido la banquetta en que se sentaba para despachar con Felipe II, su secretario Antonio Perez. Este mueble histórico ha sido siempre muy codiciado por la Inglaterra. El que lo custodiaba no lo tendría en tanta estima como el que se lo ha llevado: á no ser así, lo hubiera puesto á mejor recaudo.

No sabemos si se conservará también la banquetta donde se sentaba Calomarde; pero está seguro el Bombo que la tal banquetta no hubiese tentado la codicia de ningún inglés ó ruso, al menos hasta dentro de un par de siglos, cuando la historia lo haya desfigurado un poco.

—Hoy día está arrinconada la estatua de Mendizabal el año de 2,000 tal vez adornará la Puerta del Sol, si para entonces hay sol.

—La corte sigue en la Granja. Los reyes salieron á las cacerías de Rofrío, á las que han sido convidadas varias notabilidades. El primer día hubo una matanza de veinte y tantas piezas mayores.

—SS. MM. han decidido ya, según se dice, visitar las Islas Baleares, Barcelona, Zaragoza y Provincias Vascongadas.

—No sé qué astrónomo parisiense ha descubierto que el sol va cubriéndose de manchas, no dice de qué color. El Bombo teme quedarse á oscuras el mejor día.

—Dice la *Epoca* que nuestro D. Juan ha desaparecido repentinamente de Londres, y no se sabe á donde ha ido, y se teme que esté preparando algún descabellado golpe, porque se supone que no se habrá molestado para venir á ofrecer sus respetos á su muy amada prima.

—El mismo periódico añade «que no estaria demas no perder de vista, para auxiliarles, á ciertos frailes irlandeses que han venido á España á recoger limosnas.» Ya pareció aquello!... Frailecitos tenemos.

CHISMOGRAFIA.

EL BOMBO tropezó cierto día, no importa cuál, con un amigo suyo que venia tan acalorado cual si saliera del despacho de billetes para la plaza de toros.

Preguntóle la causa de su acaloramiento.

Contestóme: ¡¡La admiración!!

Le repliqué: la admiración no acalora.

—Y también hiela, dijo.—EL BOMBO le aconsejó entonces que diese parte de su descubrimiento á los *botilleros*, á ver si rebajaban algo de los dos reales que cobran por el adarme de sorbete con que engañan la sed de los parroquianos.

—Deja bromas á un lado, y escucha y tiembla,—esclamó el amigo.

—Dejo bromas á un lado, tiemblo y escucho, contestó EL BOMBO.

—¡¡ Hombre, ról! Al revés.

—Pues bien, me he equivocado: escucharé y temblaré al revés.

—Escucha como quieras,—y empezó la siguiente relación:

—Me dirigia esta mañana á las doce, con la fresca, en busca de un sugeto, á quien me era muy urgente ver y hablar.

—Entonces no lo encontramos, interrumpió EL BOMBO.

—Cabal; sigo mi relación. Vive el tal mas allá del Rastro:

¿ya sabes dónde está el Rastro?

—Si, por desgracia.—El Rastro es el mercado especial de guñapos puercos, hierro viejo, relojes idem, trapos sueltos, botas remontadas y sombreros por remontar; en fin, de todos los desperdicios de Madrid. También suelen venderse diferentes prendas encontradas antes de que sus dueños las hayan perdido. Prosigue.

—Prosigue. Llego á la casa, pregunto al portero por D. Fulano. El portero, que era portero, me miró con una compasión que me di lástima á mí mismo.—Ya... ya... me contestó. Aquí vivia ese sugeto... y aunque no hubiera vivido, no hubiéramos perdido nada; pero gracias á Dios, hace ocho días que se mudó. Si V. le busca para que le pague alguna cuenta, está V. fresco... No hay tramposo mayor en la corte... ¡Esta casa era un jubileo! Todos los días un escándalo en la escalera con el carbonero... el zapatero... ¡qué sé yo! con todo el mundo! ¡Ya se vé! ¡tenia un genio de todos los demonios! A un pobre

hombre, prestamista de profesion, le hizo bajar de un salto la escalera, y eso que es alta; y gracias á su agilidad, no le rompió el bautismo el tal D. Timoteo!... Aquí, en esta silla, estuvo sentado hasta que se le pasó el susto. Con que ya lo oye usted: despídase V. de su dinero... como yo!... ¡Ni malos dos cuartos me ha dado para alfileres! ¡Qué habia de dar aquel hombre! ¡Como no fuese un golpe!... Era capaz de aplastar... porque eso sí; dinero no podia tener; pero puños, ni un gallego. De un puñetazo hubiese sentado en el suelo al mismo Goliath, ni mas ni menos como está V.

En efecto, yo me habia sentado en un escalon aplastado por la caridad de aquella cristiana. Es verdad que traia ya resentidas las caderas de una caricia que me habia hecho un mozo de cordel con la sera que traia á cuestras. En fin, la pregunté:—¿Me puede V. decir á dónde se ha mudado?—Junto á la puerta de Santa Bárbara, me contestó.—¡Jesus Maria y José! esclamé.—Ni mas ni menos, contestó, núm. 150; conque á ver si le ajusta V. pronto la cuenta.—Señora: si no voy á pedirle dinero.—¡Voto á...! y lanzó uno muy castellano.—Si le hubiese sabido, me guardo muy bien de darle á V. las señas.—Gracias la dije—es costumbre que tengo; repitió: cuando preguntan por algún inquilino para pedirle dinero o darle un disgusto que viene á ser lo mismo siempre digo que está en casa, aun cuando haya salido al revés; cuando conozco que traen alguna buena noticia, ó dinero digo siempre que han salido aun cuando estén en casa.—Es un odio mortal el que tengo á todos ellos; y como á sus criadas les sucede lo mismo, se cuanto pasa de puertas adentro.—¡Si merecerán mejor que yo ocupar una buena habitacion! ¡No soy acaso tan hijo de Dios como ellos, y vivo pudriéndome en ese chirivivil con puertas vidrieras debajo de la escalera, como San Alejo? Escalera que estoy condenada á barrer todos los sábados, lo menos, ó antes si ha habido alguno que la equivoque con el escusado. Y enciendo todas las noches lo mas tarde que puedo los faroles, y gracias que el gas no ha llegado hasta aquí, porque entonces los tendria que encender, como dijo el otro, gratis; al fin ahora algo escurre la alcuza; y cierro y abro la puerta de la calle á horas fijas, eso sí... el que viene tarde se queda al sereno si no le oye llamar su familia, y aguanto todas las preguntas de todos los impertinentes que vienen á buscarlos, y...

—Perdone V. la mia, me apresuré á interrumpirla, porque á no hacerlo así, de seguro á estas horas seguiria hablando, y me despedí de ella antes que cayese sobre mí un segundo chaparrón, que de fijo hubiera caido, porque aquella buena cristiana se quedó rezando, y no *Pater noster*. Asustado y encolerizado, y desesperado salté del portal, y gracias que te he encontrado porque si no, aun estoy andando. Si todos los porteros se parecen á esta portera, aunque no sea mas que en la lengua, mal catarro en su inventor!

Con que tiembla Bombo! Admírate de la caridad cristiana de ese funcionario público llamado portero!

Yo temblar! no hay para qué. Reflexiona, que si el sugeto amigo tuyo fuese una persona *commp il faut*, esa misma persona le serviria de rodillas! El mal no está en la portera, el mal está en el bolsillo del inquilino. Por Dios no le digas nada á D. Timoteo de esta conversacion, y sírvate de gobierno para hacer de tu capa un sayo ó lo que quieras.

Me despedí, y yo te lo cuento á ti, oh lector, á fin de que lo tengas entendido, y demas efectos consiguientes.

—Dicese que los cortesanos con motivo del viaje de SS. MM. estan á toda prisa disponiendo sus equipajes, satisfichisimos, y dando por bien empleadas cuantas incomodidades les causen las diligencias, caminos de hierro y vapores maritimos, incluso los alojamientos y posadas. Todo desaparece, como es debido, ante el alto honor de que van á gozar.

El Bombo los envidia, porque no puede tener ni ese honor ni el sueldo que algunos disfrutarán. Que si fuese siquiera 30,000 rs. von. (aunque no fuera mas que de pension) jura por su alma que iria todo el viaje tocando el Bombo por tierra en lo alto de la imperial de los coches, y por mar en la punta de un mastelero.

Por todo lo no firmado.—El secretario de la redacción,
CARLOS DOMINGUEZ ARRIBAS.

Editor responsable.—D. JUAN CORRALES MATEOS.

MADRID.—1860, Imprenta Española, Torija, 14, bajo.